

# Motivos para estar contento

(Al estilo de Sei Shonagon)

**ALBERTO PAREDES**



La alegría, el cariño de Bertoldo cuando vuelvo a casa. Sus locuras y arrojos cuando se enciende. “Qué simpático gatito”, oímos él y yo, con frecuencia, por parte de algún vecino o visitante.

Las miradas de Edith. La generosidad de su primera frase, ahora que reparo en sus ojos brillantes: “Usted me enseñó a leer a Conrad y a James, gracias, Dr. Paredes”.

El cielo azul, intenso; siempre esto.

Las noches de bien dormir. Volver a aprovechar una época de soñar con mi mamá. Que desde ahí, los sueños, siga emanando su noble amor de madre.

Conrad que es no sólo Lord Jim, Gian Battista Fidanza, Marlow y Kurtz sino también el capitán MacWhirr y Axel Heyst, pues la rebelde esencia del hombre puede no deponer la suave cortesía.

Edith tiene un hijo. Esa foto donde Julián corre con sus tres años hacia delante, brazos abiertos.

Haber recibido el nuevo equipo de sonido. Estar esperando por un mes sus bocinas. Imaginar desde el oído.

El gran contento como arcoíris: música. Mozart, escuchado en este nuevo aparato (o siempre, pero sobre todo ahora). Arcoíris Amadeus. Magia Mozart.

El té negro cuando he encontrado el equilibrio con su nube de leche. Resaltando los sabores del desayuno y la música y la luz en el apartamento. Flores sobre la mesa.

Que Sei Shonagon haya existido, en aquel otro rincón del planeta (viviendo en palacios y jardines armoniosos). Que haya sido sensible a la belleza. Haber, seguramente, aspirado los mejores perfumes de los sentimientos humanos. Ella misma, una flor de belleza.

Percibir que los sonidos, en este nuevo aparato, tienen relieve, profundidad, gama; que son texturas. Recorrer lo que se despliega: pues los oídos transitan y viajan; eso es ir por la música, aceptar su recorrido.

Nuestros pequeños rituales, Bertoldo: cuando me descubres en algún quehacer doméstico y te me encaramas por la espalda, consciente de que es una travesura. Tu hora de la cena. Comunicarnos a murmullos. Observarme atentamente, amoroso, expectante pero tranquilo.

Que otra astilla del mundo, en el viaje de los siglos, sea mujer y se llame Edith y me mire. Elevarse un poco en sus zapatillas ballerina para abrazarme, para abrazarse en mí.

El siempre dulce y profundo sabor de una copa de vino de cierta estirpe y cata digna.

Oír, ver, sentir, tocar, y los perfumes y aromas: el festejo de los sentidos, las vibraciones del espíritu, proviniendo de la piel.

Escribir.

Edith. Sus miradas, su mirada cuando me recibe. En otra modalidad de sus humores: atisbar desde una cierta diagonal, como flechas tangenciales en una venatoria de teatro que sucediera en el escenario de una capitular miniada; desde ahí lanza los ojos y la voz para decir algo ácido y cómico a la vez.

La certeza de su sinceridad hacia mí, porque es hacia ella. Llانة para expresar sus dolores y llevarlos adelante. La mirada, como una brisa leve en la líquida superficie de su alma, tal viento sobre un lago (o evolucionando en la llanura de la que habla Debussy); con cuánta sencillez brillando de frescura.

La rosa ascendente en el tobillo de Edith. Veo en la base del talón las dos iniciales bordadas desde las que ella sigue creciendo: Emilio Julián.

Sentir que pienso, sentir que entiendo; sentir que puede haber bondad y lucidez en mí; que mis nervios se apaciguan en la llanura de Debussy.

Saber que algunas personas me quieren; que me cuidan aunque hace tantos años que sea adulto.

Sentir que Edith, la música, la poesía, Bertoldo, esas personas que me quieren son luz y están aquí. Sí: que yo soy parte de su *aquí*, y al encontrarme modifican el paso para recibirme, como una señal, una curva, una posada del camino.

La lluvia a cuentagotas púrpura de las jacarandas.

Ese “algo indefiniblemente audaz e infinitamente triste”, cargado de fósforo contenido y no desprovisto de alegría, en ciertas figuras femeninas de Conrad: Antonia Avellanos, en *Nostromo*; la violinista Lena, en *Victory*. Miradas de Ariadna por el incierto laberinto masculino.

La imagen de Julián es exacta: tres años, confianza y alegría plenas, ni el mínimo temor a que pueda trastabillar. Ojos luminosos, la mirada lanzada hacia lo alto, el cuerpo casi flotando, los brazos abiertos, para correr a pasitos (recordar que el hombre nunca da trancos de gigante), en un sí total, alegre, tierno, instantáneo, fugaz. Pero creando su *aquí*. Y flores sobre la mesa. ~

